Cuervos

Lara Elisabeth Goicoechea Armijos

Image not found.

Capítulo 1

Vio amanecer.

Igual que había visto anochecer.

Igual que había visto la progresión de la noche.

Las calles dejaron de estar habitadas solo por los edificios y sus largas sombras, rotas por tramos de luz de farola, y ahora el encalado sucio de las casas emergía como un lienzo a estrenar de miseria. La angosta calle a la que daba su ventanuco se atestó de viandantes, hombres y mujeres que subían y bajaban la calle con el hastío de quien recorre el mismo camino todos los días.

Ponían el mismo encanto a la mañana que un saco de manzanas podridas a un hogar famélico.

Sintió que tenía mano cuando la movió a tiempo de evitar que se fusionara con el reposabrazos de su butaca. Los dedos se le habían quedado pegados a un puro que se había consumido solo durante una de sus cabezadas.

Algún día quemaría la casa.

Algún día ardería con ella.

Fuego. Llamas. Arder.

Todavía le calcinaban la piel los incendios que propagó bajo órdenes que jamás cuestionó (ni aún ahora cuestionaba), que devoraron pueblos enteros, que dejaron una única sábana de polvo para guarecer a los habitantes que se quedaron a que sus cabellos al viento pusieran bandera a la cicatriz de su hogar. No querían perderle la pista a su pasado. Despojados de nombre, de procedencia, de lugar en el mundo, el futuro les parecía un terreno a conquistar. Algo que nada tenía que ver con el paso del tiempo y sí mucho con construir sobre las rozaduras de los muros que antaño los habían amparado y que ahora ya no existían. Y por eso se quedaban. Para defender las fronteras de su porvenir. Y por mucho que se les dijera: *fuera del mundo*, ellos se aferraban a sus muros inmateriales y los llamaban suyos. *Fuera del mundo*, les repitieron, y hasta que el fuego no prendió las pupilas de los soldados como una amenaza siguieron abrazados a su columna (la única que los mantenía en pie y que estructuraba su cuerpo). Pero la tea encendida abandonó el reflejo de los ojos, y como una bestia que hubiera estado encarcelada en una minúscula jaula de piedad, se abrió camino entre los barrotes con los dientes por delante, mascando, mascando, mascando, buscando reducirlo todo a

huesos montados.

No había vuelto a oler a otra cosa que no fuera humo y carne quemada.

Levantó la mano hasta su boca —y con ella la colilla, como un dedo de más— y apretó el puro entre sus labios. Bajó la mano y la cruzó sobre su torso, y sus dedos arañaron la superficie del reposabrazos del lado contrario, a sabiendas de que ahí reposaba el mechero. Lo encontró y se encendió la colilla —y se quemó las yemas—.

Aspiró hondo, muy hondo, hasta que los pulmones duplicaron su tamaño. Y solo entonces se sintió con fuerzas de levantarse. Se ayudó de su mano para darse impulso, y la espalda se le curvó bajo el peso de las vértebras y los años.

Renqueó hasta el otro extremo del salón y accionó el gramófono. La tecnología había avanzado en el resto del mundo, pero aquel que él había dejado atrás seguía intacto, y seguía habitable. Era estrecho, mal ventilado, cubierto de polvo y tenía las manos atadas a la espalda por las telarañas, pero las paredes estaban abarrotadas de testimonios materiales de sus glorias: a veces oro y otras simples cicatrices.

Y el pequeño cuchitril amplió sus fronteras hasta salirse del mundo —del suyo y del que participaba el resto del mundo— cuando sonó el Réquiem de Mozart. Así lustraba él sus trofeos. Esa música era una gloria fantasmal que ocupaba cuerpos maltrechos y los reconstruía: devolvía los brazos sacrificados en el campo de batalla, daba la vista arrebatada por la metralla, restablecía los esqueletos descompuestos y devolvía su grandeza a los espíritus achicados, apaleados por un nuevo mundo que se sobreponía a sus ambiciones para parir nuevas destrucciones sobre los sedimentos de sus ruinas.

Dejad en paz mis ruinas. Son vestigios de todo a lo que aspiré y que no gané. Son tumbas a mis hermanos. Son la cosecha perdida de los hombres, el hambre futuro. Son restos a roer por los dientes del tiempo.

Lo único que no hacía aquella música era alisar las cicatrices, porque esas eran trincheras que todavía necesitaba para defenderse del resto de su vida.

Ah, soldado. Triste soldado.

Se encaminó a la estantería y seleccionó un tomo ya desgastado —sus yemas y sus hojas se habían erosionado la una a la otra— y se apoltronó en su trono frente a la ventana.

Abrió el libro en su poema favorito —su mejor tumba—, ese que se

titulaba Mi Cuervo , ese que decía:

Un cuervo se posó en el árbol que hay frente a mi ventana.

No era el cuervo de Ted Hughes, ni el cuervo de Galway.

Ni el de Frost, ni el de Pasternak, ni el cuervo de Lorca.

Tampoco era uno de los cuervos de Homero, impregnados de sangre coagulada tras la batalla. Era sólo un cuervo.

Que jamás encajó en parte alguna

ni hizo nada digno de mención.

Se quedó ahí en esa rama durante unos minutos.

Luego alzó el vuelo maravillosamente

y salió de mi vida.

Y cayó a su regazo la vieja foto en sepia que en ese abrazo de páginas atesoraba.

Allí estaban los cuatro. Dustin. Ernst. Helmuth. Y él mismo: Geert. Repartidos en dos literas, las cuatro cabezas levantadas de la almohada y asomadas al estrecho pasillo que discurría entre las camas, los ojos achinados, y un tramo de pared de fondo revestida de todo en lo que creían. Incluso de todo lo que poseían: solamente representaciones y símbolos de sus más valiosas tenencias en tamaño portable, ya que lo único que con certeza poseían era aquello que podían cargar. La fe en Dios también era un recurso agotable, incierto. Pero un orgullo endémico los mantenía en pie, así como una vanidad fundada, ya que nadie, por mucho que odiara a los alemanes, podía negar lo admirable que era su tenacidad, su fe en la victoria final, y su capacidad para mantenerse en pie en plena guerra sin más recursos que los que ingeniaba y cosechaba el propio pueblo. No tuvieron otra alternativa estando bloqueados por la marina británica, y explotaron su única opción con una competencia soberbia. En cambio los ingleses dependían del intercambio comercial con Estados Unidos para abastecer sus ejércitos y alimentar al país.

Vamos a ganar la guerra. Vamos a derrocar a Gran Bretaña de su trono de primera potencia mundial. Vamos a expandir nuestro imperio. Vamos a anexionarnos todo el continente. Vamos a ser Europa. Vamos a ser el mundo.

Y el mundo va a ser Alemania.

Esa era la letanía que Helmuth murmuraba al despuntar el alba todos los días. A veces la recitaba más veces. Había circunstancias concretas que le hacían pronunciarla como un acto reflejo. Como cuando le llegaba una nueva carta de su mujer. Decía su oración, abría el sobre, desplegaba la carta. A veces incluía fotos de su hijo, todavía un bebé, y aquello reemplazaba a la oración, porque cuando miraba a los ojos impresos de su vástago sabía que estaba donde debía estar, porque estaba cosechando motivos de orgullo para su hijo. Y la mayoría de las veces estaba convencido de estar defendiendo las verdaderas fronteras de su mundo, las que correspondían a Alemania por ser quién era, por tener la historia que tenía y la cultura e industria que ostentaba. Estaban defendiendo su legítimo lugar en el mundo. Y por tanto, estaba batallando por una Alemania justa. Por un mundo justo. Para su hijo.

Helmuth solo conoció a su hijo en foto.

Murió bajo la artillería británica en la región de Loos. Sus restos se perdieron en una marea de cuerpos inconclusos. Como esculturas que se quedan a medias por la muerte imprevista del artista. Porque ni la Muerte ni la Vida hicieron su trabajo con ellos. Los abandonaron como quien prevé un resultado insatisfactorio y pasa a concentrar sus esfuerzos en un nuevo proyecto, en una nueva creación. Y los mutilados vivos casi podían pasear por allí a asignarse un dedo, un pie, media pierna o un brazo, o cualquier cosa que les faltara y que la tierra, como una manta tendida al sol, expusiera como género a vender. Y los que erraban por ese grotesco mercado tenían las entrañas huyendo en desbandada por la garganta, creándoseles un vacío en el estómago en el que les cabía más desolación indigesta, en el que como en una entrada cavernosa el eco rebotaba el jolgorio de un día de mercado que, como un falso telón acústico, trataba de tapar el silencio que los soldados llevaban dentro, inviolado incluso por los bombardeos y el fuego de ametralladora.

Lo único que Geert pudo entregarle al hijo de Helmuth fueron las cartas de su madre, una foto de una virgen y un frasco relleno de tierra de Alemania.

Aquel día, pensó Geert con una intensidad que convertía la fotografía en un portal a través del tiempo, aquel día fue un buen día.

Sus ojos se concentraron en la cara del hombre que dormía en la cama de arriba, en la litera de la derecha. Ernst. Ernst no había formado familia. Ernst solo era Ernst. Ernst no tenía más aspiración que la de sobrevivir o perecer en la guerra. Y lo consiguió, vaya si lo consiguió. Se fusionó de tal modo con la guerra, su única razón de ser, que no encontraron su cadáver. Debió de estallar con los cañonazos enemigos, o cayó a una zanja natural y su cuerpo pasó inadvertido. O encontró una tumba que le

gustó en uno de los cráteres abiertos en la tierra por la fricción de la guerra.

O qué se yo.

Fue en la batalla del Somme. Los dos formaban parte de uno de los grupos que manejaba una de las ametralladoras. Tenían ventaja sobre las tropas de los aliados, porque ellos lideraron la batalla tomando la ofensiva y la defensa siempre estaba aventajada en aquella guerra. Pero ni siquiera tuvieron la oportunidad de escarmentarlos. Cayeron con la primera cortina de fuego que les lanzaron. Uno de los proyectiles excavó hasta su posición. Les explotó. Geert perdió un brazo. Y de Ernst no quedó rastro.

Después de amputarle el brazo a Geert le buscaron una nueva ocupación en el ejército: pasó a formar parte del servicio de inteligencia porque dominaba varios idiomas útiles para esa guerra. Se ríe con amargura al recordar que casi había corrido más peligro en ese puesto, ya que su sede era siempre una de las primeras víctimas de la artillería enemiga. Pero su cuerpo no involucionó más allá de las secuelas de la batalla del Somme.

El caso de Dustin era aún más incierto que el de Ernst.

Había desaparecido, pero no se sabía con certeza si para morir o para vivir.

Geert deseó que estuviera muerto.

Dustin había sido piloto de avión, y su cometido había consistido en sacar fotos panorámicas desde el cielo para descubrir las posiciones del enemigo y ayudar a trazar los mapas sobre los que se ideaban las estrategias militares.

Un día despegó y desapareció.

Dustin nunca había formado parte del grupo de forma integral. No había sido una víscera más que necesitaba de la cooperación de las otras tres para ser un organismo vivo. Porque el resto habían sido eso: entre los tres configuraron un nuevo ser que necesitaba de la participación de todos los órganos que sumaban para mantenerse en pie. Pero Dustin. Dustin no. Dustin había sido un añadido de armonía. Él había estado allí para contribuir a la estética de la criatura en la que se fundían los tres, para dotarla de una belleza basada en la simetría. Y sin embargo.

Sin embargo habrían cojeado sin Dustin.

De alguna manera había sido imprescindible.

Si quería recordar a Dustin guardando la máxima fidelidad con la personalidad que les había dejado entrever, entonces lo recordaba volcado sobre hojas de papel, escribiendo con fervor. Con un fervor acicateado por la posibilidad de estar escribiendo una última palabra.

La poesía era su única amante.

Eran pocas las veces en las que echaba mano al papel. Y no le importaba. Se apropiaba de las imágenes sagradas de la virgen, de Cristo y de otros tantos protagonistas de la religión cristiana que cargaban el resto para concentrar sus rezos en algo palpable, para no sentirse desamparados y hablándole a un cielo tan inmenso que parecía imposible atinar en su oído. Dustin cogía prestadas esas imágenes y escribía en el reverso. Y en los sobres de las cartas.

Y a veces le dejábamos escribir en nuestras espaldas.

Y no importaba.

A nadie le importaba.

Dustin nunca opinaba sobre nada.

Todo lo que tenía que decir lo decía sobre el papel. Y lo codificaba de tal modo que solo él lo entendiera. Pero tenía tanto que decir. Tanto. Por eso escribía. Porque necesitaba almacenamientos alternos a su mente para que no le estallara.

Dustin nunca opinaba sobre nada.

Pero Geert siempre sospechó que él había sido arrastrado a esa guerra y que no había involucrado nada más allá de su cuerpo en ella. Que solamente se había entrenado para soldado porque el gobierno había impuesto una instrucción militar obligatoria.

Mientras nuestro espíritu y nuestra sangre serpenteaban por el cauce de aquella guerra, los de él estaban sellados, fuera del alcance del campo de batalla y el horror que se sembraba en ella, lejos de la ambivalencia de la victoria y la derrota. Su espíritu y su sangre estaban vertidos en los renglones de sus poemas.

Llegó un día en el que sólo quedaron Geert y Dustin.

Y Dustin despegó en su avión y nunca volvió.

Geert siempre había querido creer que a pesar de todo Dustin había sido un buen soldado. Sabía que podía serlo, porque Dustin no temía a la muerte. Y el soldado que no teme a la muerte es siempre un buen

soldado. Y Geert quería pensar que Dustin había sido descubierto por el enemigo y derribado por su artillería, y que había muerto en plena misión, cumpliendo con su deber, sacrificándose por su bando, por su Alemania.

Pero la noche anterior a su desaparición Dustin le había escrito sobre la última de sus costillas:

«Éste es el último renglón que previene del abismo».

Y luego Geert se había quedado solo.

Y lo que es peor: había sobrevivido.

Se había acostumbrado a funcionar ligado a la energía vital de sus tres compañeros. Y ahora. ¿Ahora qué era? Un único pulmón. Un pulmón por el que aspiraba nicotina hasta sentirlo a punto de estallar, como si fuera un globo que pudiera explotar.

El cuervo de todas las mañanas, el suyo, se posó en el alfeizar, frente a él.

Los cuervos de sus amigos ya habían volado alto, sus alas habían cortado el crepúsculo y habían hecho piruetas en la noche. Se habían deslizado por diferentes cielos. Y se habían llenado el estómago con sangre de héroe. Sangre que habían adoptado como suya y que fluía por sus venas, y nutría los circuitos de unas alas que los elevaban tan alto como merecían estar.

Pero su cuervo.

Su cuervo era como el del poema de Raymond Carver.

Solo un cuervo.

Pero a diferencia de el del poema,

el suyo no salía de su vida.

Siempre volvía.